

sobre el pecado original, la creacion de las almas y la eternidad de las penas. Por otra parte han conservado todos los dogmas, cuya fé estaba establecida en toda la Iglesia por el tiempo en que se han separado de ella; y la poca libertad de que gozan, la compran como los demas christianos que viven baxo el dominio de los mahometanos.

En medio de estas diferentes sectas que se esparcieron por una y otra parte en las vastas regiones del Oriente, se hallan un gran número de católicos que nuestros misioneros instruyen y sostienen en la fe, los cuales encuentran mucho que sufrir de parte de los mahometanos; pero aun mucho mas de parte de los griegos cismáticos y de las demas sociedades separadas de la iglesia Romana. Estos christianos obstinados en el error y el cisma son regularmente los que excitan con sus delaciones y lisonjas el odio de los infieles contra las familias católicas y contra los misioneros, cuyas borrascas son frecuentes, y algunas veces llegan á convertirse en una persecucion declarada. Los baxaes y los demas agentes de la autoridad pública se aprovechan de esta animosidad que reyna en los corazones de todos los cismáticos, para rescatar á los que viven baxo la obediencia de la santa Sede, y baxo la direccion de los ministros que les envia. Pero ya se sabe el modo de aplacar la cólera de los gobernadores y sus subalternos. Los presentes, las sumas mas ó ménos considerables, segun lo mas ó ménos codiciosos que se les conoce, restablecen por lo comun la calma, hasta que los zelos, el fanatismo y la avaricia hacen renacer la tempestad. En medio de estas alternativas de agitacion y de tranquilidad pasan los católicos de Oriente su vida; y sin embarzo se multiplican por el zelo y el trabajo de los hombres apostólicos que se dedican á instruirlos. Su número excede mucho al de los christianos de cada secta heterodoxa tomada separadamente; y su adhesion á la fe, su fervor en la piedad, su constancia en las pruebas á que estan expuestos, su caridad compasiva y las demas virtudes recuerdan los tiempos felices en que estaba el christianismo tan puro y tan floreciente en los paises que habitan.

ARTICULO V.

Carácter de los papas que gobernaron la Iglesia durante el siglo XVI.

Alexandro VI., aunque desluciendo la cátedra pontificia con sus desórdenes, y ofendiendo la humanidad con sus excesos y los de su hijo, á quien hacia participante, habia extendido su influencia sobre los negocios de Italia como príncipe temporal por su artificiosa política. Julio II. que le sucedió despues de Pio III., muerto al cabo de un mes, poseia todas las prendas necesarias para volver á emprender con buen suceso y llevar adelante los ambiciosos proyectos de Alexandro, en quanto eran favorables á la extension de los dominios y autoridad política de la santa Sede. Un carácter fuerte, unas pasiones ardientes y un humor guerrero le hacian mas propio para mandar exércitos, que para las funciones pacíficas del ministerio apostólico. Luego que fué elevado á la santa Sede, formó el proyecto de reducir otra vez al dominio de los papas las plazas de la Romanía, de la Marca de Ancona, del ducado de Urbino, y demas posesiones de la Iglesia, usurpadas por los venecianos, por César Borja, por los Bentivoglios, por los Baglionis y otras familias poderosas. Borja fué el primero á quien obligó á renunciar sus usurpaciones. Despues siguieron los Bentivoglios y los Baglionis, que fueron igualmente despojados, los unos de Bolonia, y los otros de Perusa. Pero los venecianos eran mas difíciles de reducir, y formó contra ellos la famosa liga de Cambray: hasta que habiéndolos visto caer á sus pies, y que por su sumision le era ya inútil el socorro de los príncipes que habian entrado en ella, se unió con estos republicanos para disiparla; porque Julio, muy semejante en esto á los demas soberanos de su tiempo que se preciaban de destreza, no tenia otro motivo en sus alianzas, ni otra medida en su fidelidad, que su interes y sus miras ambiciosas. Sobrino de Sixto IV. habia gustado en el pontificado de su tio todo lo que la autoridad suprema tiene lisonjero para los hombres que desean dominar. Ningun príncipe se mostró tan zeloso de las prerogativas de la

soberanía; y se pretende que este pontífice de un genio verdaderamente grande y elevado habia concebido el proyecto de una confederacion entre los príncipes de Italia, semejante á la del cuerpo germánico; y que así como el emperador de Alemania es el gefe de ésta, se proponia hacer declarar al papa por gefe y protector de la que meditaba. Si hubiese tenido efecto este plan, cuya idea solo pudo nacer en un entendimiento vasto y sublime; el pontífice romano hubiera llegado á ser en el orden político la segunda persona de la Europa.

Julio II. tuvo en sus últimos años vivas diferencias con Luis XII., rey de Francia; diferencias que por el carácter fuerte y emprendedor del pontífice podian tener conseqüencias muy sensibles para la Iglesia. Temia Julio que la Francia no se hiciese demasiado poderosa en Italia, y Luis conservaba un profundo resentimiento de las infidelidades de Julio, que le habia hecho perder el fruto de sus victorias. Se exâsperaron los dos antagonistas con recíprocas injurias, como sucede ordinariamente en estas ocasiones. El papa excomulgó al rey, absolvió á los vasallos del juramento de fidelidad, y puso entredicho al reyno. El rey juntó el clero de sus estados en Tours por el mes de Septiembre del año de 1510, para consultarle sobre el partido que habia que tomar en una coyuntura tan delicada. El resultado de las deliberaciones de esta junta fué que el rey podia defender sus derechos con las armas, no obstante las censuras del papa, y perseguirle como á otro qualquier príncipe que le hiciese algun agravio ó injuria. En conseqüencia de esta decision se acordó que Luis pasase á Italia al frente de un buen ejército, para obligar al papa á que cesase de pretender la gloria de conquistador, y se contuviere en las obligaciones de primer pastor y padre comun de los fieles. Si esta resolucion se hubiera executado sin tardanza y se hubiera sostenido con vigor, bien prestó se hubiera visto precisado Julio á mitigar su arrogancia. La sublevacion general de Italia, la pérdida de muchas plazas que experimentó Julio una tras de otra, y el tratamiento injurioso que hicieron los boloñeses á su estatua, eran indicios seguros del buen suceso que la Francia podia prometerse de una expedicion comenzada en semejantes circunstancias, y dirigida con discrecion. Pero Luis juzgan-

do siempre de los otros por la honradez de su corazón, dexó pasar la oportunidad, esperando que el papa volviese á entrar en sí mismo, y que espantado de los males que iba á causar, anulase unos actos que eran la señal de un general incendio. Esto era conocer mal al pontífice, cuyo valor y espíritu imperioso se aumentaron al acercarse la tempestad; y para mostrar que estaba lejos de dexarse intimidar, fulminó nuevas excomuniones contra la Francia y contra su rey.

Luis de acuerdo con el emperador Maximiliano I., su aliado en esta querella, resolvió tomar los medios canónicos, mas convenientes que los de las armas, para reducir á un pontífice á las obligaciones de su empleo, ó para despojarle de una dignidad de cuyas virtudes carecia. Algunos autores han escrito segun el testimonio del historiador Mariana, y segun una carta de Maximiliano, que este príncipe no concurrió con el rey de Francia á la celebracion de un concilio, sino para deponer en él á Julio, y hacerse elegir en su lugar. Si Maximiliano tuvo efectivamente esta idea extraña, nada prueba mejor lo que hemos dicho en otra parte de la extravagancia de su carácter. Sea lo que fuese de su proyecto, el concilio se señaló en Pavia para el primer dia de Septiembre del año 1511 por nueve cardenales; y se convino en que se seguiria en él la forma prescrita, y los principios establecidos por el de Constancia. El dia señalado hizo el concilio su abertura solemne con las ceremonias acostumbradas en la iglesia de los camandulenses de Pisa, en donde solamente se tuvieron tres sesiones, despues de las quales se transfirió la asamblea á Milan, en cuya ciudad esperaban los prelados gozar de mayor libertad. Aquí hubo cinco sesiones, y en todas fueron ocho. En la última se declaró á Julio, citado muchas veces sin haber comparecido, por contumaz, incorregible, endurecido, y que como tal habia incurrido, segun los decretos de los concilios Constanciense y Basileense, en la suspension de toda administracion y autoridad pontificia.

Entre tanto Julio para oponer un concilio á otro concilio, como habia hecho Eugenio IV. en el siglo precedente con completa felicidad en una coyuntura poco mas ó ménos semejante, convocó uno en Roma, al mismo tiempo que con sus maquinaciones y armas atrasaba las cosas

de los franceses en Italia. Hizo él mismo la abertura en la Basílica de Letran el día 3 de Mayo del año 1512; y mientras vivió Julio no celebró este concilio mas que cinco sesiones, en las quales se confirmó todo lo que habia hecho el papa contra la Francia, y contra el concilio de Pisa. Quanto estaba mas ocupado que nunca en sus operaciones militares y en sus proyectos ambiciosos, cayó enfermo; y su muerte, que aconteció la noche del 20 al 21 de Febrero del año de 1513, no fué muy sensible á la Iglesia y á la Italia, en donde su espíritu ardiente, y su carácter imperioso habia encendido la discordia.

Debe contarse entre las empresas extraordinarias que señalaron el pontificado de Julio II. la de reedificar sobre un diseño mas vasto y mas magnífico la célebre iglesia de san Pedro del Vaticano, construida por Constantino el Grande. Esta Basílica, monumento respetable del primer emperador christiano, se iba arruinando, y Julio resolvió que se reedificase enteramente, y se le diese una forma mas grandiosa. El famoso Bramante, que habia restablecido en Italia el gusto de la arquitectura antigua, trazó su plan. Julio publicó indulgencias para todos los que contribuyesen á la construccion de este edificio, que queria hacer digno de la capital del mundo christiano; y puso la primera piedra de él el día 18 de Abril del año de 1506. Esperaba llevar esta grande obra á su perfeccion; pero las continuas guerras en que se empeñó, y los embarazos de todas especies que dividieron su atencion, apenas le permitieron ver échar los primeros cimientos, sin embargo de haber vivido todavía cerca de siete años despues de haberla empezado. Este edificio con los diversos aumentos que despues recibió, ha llegado á ser el mas hermoso templo que se ha levantado en todos tiempos á la divinidad.

El cardenal Juliano de Medicis fué elevado á la cátedra de san Pedro el día 11 de Marzo de 1513 por la faccion de los cardenales jóvenes; pues él no tenia mas que treinta y seis años, y era solo diácono. Habíase notado que la Iglesia, gobernada mucho tiempo por viejos, no por eso habia dexado de estar llena de disturbios, y que ni la prudencia ni la experiencia, que son el fruto de los muchos años, no habian impedido que los últimos pontificados fuesen para la Italia tiempos de agitacion y calamidad.

Los viejos, si eran ambiciosos y deseosos de dominar, en llegando á ser papas, parecia que sus pasiones adquirian una nueva actividad, al paso que se adelantaban en su carrera: si eran fáciles y tímidos, su familia se aprovechaba de su debilidad para invadirlo todo; y los que habian tomado algun ascendiente sobre ellos, se apresuraban á arrancarles gracias, dignidades y riquezas, mientras que duraba un reynado que no podia ser largo. Se creyó, pues, que un pontífice en el vigor de su edad seria mas propio para el gobierno, mas aplicado á los negocios, mas capaz de miramiento, mas sensible á la verdadera gloria, mas inclinado á gozar de las ventajas de su elevacion, y á vivir con esplendor, sin pensar en turbar el mundo, y ménos expuesto á dexarse llevar de sugerencias interesadas. Correspondió á estas esperanzas Leon X., cuyo nombre tomó el nuevo papa. Era hijo de una familia opulenta, en que la generosidad, la nobleza de los pensamientos y los talentos políticos se miraban como hereditarios. Habia sido educado como príncipe, y los maestros mas hábiles de su tiempo habian adornado su entendimiento con todos los conocimientos que cada uno habia adquirido por un largo estudio. Su corte fué la mas brillante y la mas selecta de Europa. Llamó á ella las artes, las ciencias, y aun los placeres. En ella los talentos hallaron una acogida li-songera, estimacion, honores y recompensas. Los amigos de este papa eran los literatos: vivia con ellos con un trato familiar: animaba sus tareas con liberalidades: los dirigia con sus consejos; y los juzgaba como facultativo cono-cedor ilustrado. Este amor de las artes y de las letras, estos favores derramados sobre los que las cultivaban, merecieron que su nombre haya llegado á ser el del siglo en que vivió. Entre la multitud de monarcas que reynaron sobre la tierra, solamente tres participaron de este honor: Alexandro entre los griegos: Augusto en Roma; y Luis XIV. en Francia. (a)

No se ocupaba de tal suerte Leon en prosperar las ciencias, y en excitar los entendimientos, que descuidase las obligaciones mas importantes de la soberanía; pues sabia dar á los negocios y cuidados del gobierno el tiempo y la aplicacion necesaria. Continuó el concilio Lateranense,

(a) Pudiera añadirse también Carlos V. en España.

interrumpido con la muerte de su predecesor; y tuvo todavía siete sesiones nuevas, que llegaron hasta el mes de Marzo del año de 1517. En ellas se siguieron aunque con mas moderacion las ideas de Julio II., y se hicieron muchos reglamentos de disciplina, de que hablaremos en otra parte. Leon, mas suelto, mas diestro en su política, y mas aliciente en sus modales que su antecesor, consiguió por medios suaves todo lo que quiso de los príncipes con quienes negoció. Sin violencia y sin disturbios logró el fin de que Julio se alejó siempre, queriendo llegar á él por la fuerza. En tiempo de este pontificado nacieron los errores de Lutero, de los cuales se hablará en otro lugar; y tambien es la época del famoso concordato, por el qual consintió Francisco I. en suprimir la pragmática-sancion de Carlos VII., de que daremos noticia en el artículo de la disciplina. Leon X. murió en el mes de Enero del año de 1521, á los quarenta y quatro de edad, llorado del pueblo romano, que le adoraba por causa de su liberalidad: de los sabios, que tenían en él un protector generoso: y de toda su corte, en donde habia reunido todos los hombres célebres que en cada género poseia entónces la Italia. Se le ha censurado el haber llevado demasiado adelante para una cabeza de la Iglesia el gusto del fausto y de la magnificencia: el haber agotado sus rentas con profusiones excesivas; y el no haber estado exento de las pasiones poco conformes á la pureza de costumbres, de que el primero de los pastores debe dar exemplo á los demas. Pero si acaso en esta parte no fué el mas irreprensible de los hombres, no se puede ménos de convenir en que fué en todo lo demas uno de los príncipes mas grandes de su tiempo.

El sucesor de Leon X. fué un hombre de un origen tan humilde, que se ignora así el lugar de su nacimiento, como la condicion de sus padres. Criado en la obscuridad de las escuelas, habia adquirido en ellas aquel honor grave y aquel género de vida serio y aun austero que allí se contrae. Solo su mérito habia hecho que se le escogiese para dirigir los estudios de Carlos V., á cuyo reconocimiento, ó por mejor decir, política, debió su eleccion al trono pontificio; pues importaba á aquel príncipe colocar en la santa Sede á un papa que estuviese mas inclinado á favorecer que á estorbar sus designios sobre la Italia. Hallaba estas disposiciones en Adriano VI., quien debia

mirar como una parte de su gloria la de un soberano cuya infancia habia formado. Pero los cardenales que se habian habituado al luxo, á la gallardía y á los regocijos de la corte brillante de Leon X., no se acomodaban con el carácter severo de Adriano, ni con el gusto de economía y de simplicidad que habia substituído al fausto y profusion de su predecesor. Méenos les gustaba todavía el proyecto que anunció desde los primeros dias de su pontificado, de bajar seriamente en la reforma de costumbres, empezando por la corte romana. Los disturbios de la Italia y los progresos del luteranismo en Alemania no permitieron á este papa emprender una obra que pedia tiempos de mas calma; y la brevedad de su pontificado, que no llegó á dos años, aplacó las inquietudes de los que temian los efectos de su zelo (a).

En el cónclave que siguió á la muerte de Adriano VI. hubo alguna agitacion ocasionada de las facciones y caballos, en que la política y tal vez la ambicion hizo manejar todos sus móviles. Los romanos querian un papa liberal y popular que viviese como príncipe, y los cardenales, afectos á la memoria de Leon X., deseaban uno que tuviese su talento, su espíritu y su gusto en la magnificencia y esplendor. El nombre de Medicis que tenia el cardenal Julio, arzobispo de Florencia, hizo esperar á unos y otros que se hallarian en él las buenas qualidades que habian hecho tan célebre el pontificado de Leon; y de consiguiente fué electo de edad de quarenta y cinco años. Era hijo natural de aquel Lorenzo de Medicis, asesinado en la conjuracion de los Pazzis; y Leon su primo le declaró legitimo, sacándole de la orden de san Juan, para hacerle entrar en el estado eclesiástico. El nombre era solo todo lo que tenia comun con este papa; porque en lo demas, tímido é irresoluto, no sabia nunca tomar partido fixo en los negocios mas urgentes; y quando se veia forzado á determinarse, el que abrazaba era siempre el mas malo. Su política perplexa y falsa le descarrió casi siempre. Al tiempo de su exaltacion queria conservar el nombre de Julio; pero se le dixo que los papas que no le mudaban,

(a) Este papa concedió á los reyes de España el derecho de presentar y nombrar para los obispados vacantes en sus dominios, y les perpetuó la administracion del maestrazgo de las órdenes militares, concedida ántes por tiempo limitado.

morían pronto, citándole el exemplo de Adriano; y esta observacion supersticiosa y ridicula le hizo tomar el de Clemente VII. Reynó cerca de once años, mas no por eso fué mas feliz. Roma fué tomada y saqueada por los imperiales el quarto año de su pontificado, como ya hemos referido en el artículo II. Sucedió el cisma de Inglaterra, que se rompió baxo Enrique VIII.: acaecimiento funesto á la religion, y uno de los mas importantes de este siglo, en que acaso se conduxo Clemente con alguna imprudencia, del qual expondremos en artículo separado el origen y efectos. Indemnizóse el papa en su familia de los rigores experimentados por Carlos V. durante el saco de Roma y despues; obteniendo de este príncipe para Alexandro de Medicis, su sobrino, la soberanía de Florencia, que dexó de ser con esto un estado libre, gobernado por sus magistrados, y se hizo para siempre una monarquía hereditaria. Falleció Clemente VII. á fines de Septiembre del año de 1634, llevando al sepulcro el dolor de haber visto á la Inglaterra separarse de la santa Sede, acaso por haber usado de un poco de precipitacion.

El voto unánime de los cardenales elevó á la silla pontificia á Alexandro Farnesio, decano del sacro colegio, que tomó el nombre de Paulo III.: el qual anunció unas intenciones puras y un gran deseo de procurar la reconciliacion de los príncipes christianos y la extincion de la heregía, que hacia en Alemania progresos espantosos. Convencido al parecer de que la celebracion de un concilio general era el único medio de hacer cesar las turbaciones de la religion, tuvo conferencias sobre este asunto con Carlos V., el mas interesado de todos los príncipes en el restablecimiento de la paz y uniformidad de creencia. Señalóse el concilio; pero hubo muchas variaciones sobre el lugar en que debia juntarse, y aun se sospéchó que Paulo III. suscitaba obstáculos para diferir su execucion. Mas fuera de que no se ve qual pudiera haber sido el motivo de esta extraña conducta, toda la serie de las acciones de este papa induce á creerle incapaz de semejante doblez. Otro cargo se le ha hecho mejor fundado, y es el haber pospuesto muchas veces su obligacion y el interes de la santa Sede al deseo que tenia de engrandecer su familia. Antes de entrar en el estado eclesiástico habia tenido un hijo, llamado Pedro Luis Farnesio, á quien dió desde el principio los

ducados de Camerino y de Nepi; pero esto no era bastante para el amor ciego del padre, ni para la ambicion del hijo, que á exemplo de los Medicis queria formarse un estado que pudiese transmitir á su posteridad. El ducado de Milan, conquistado nuevamente á los franceses, y que parecia habérseles escapado para siempre, hubiera llenado sus miras. Paulo lo pidió para él á Carlos V., pero Carlos no queria hacer á sus aliados presentes tan magníficos; y así Paulo no pudo satisfacer la ambicion de su hijo, y el deseo ardiente que tenia él mismo de elevarle á la clase de los soberanos, sino despojando á la iglesia de los ducados de Parma y de Plasencia, para revestirle de ellos. Para legitimar este traspaso de propiedad, y hacerle durable, era tambien necesario el consentimiento del emperador, el qual lo negó, sin embargo de costarle poco, y de que proporcionaba con él un establecimiento honorífico á su hija natural, con quien se habia casado Farnesio. Con las tropas y los tesoros de su padre se puso éste en estado de pasar sin tal consentimiento, lo que fué para el pontífice un manantial de disgustos que emponzoñó el resto de sus dias: disgustos tanto mas amargos, quanto el hijo por quien lo habia hecho todo le pagaba con la mas negra ingratitud. Paulo III. murió en el mes de Noviembre del año de 1549 en la edad de ochenta y dos años, despues de haber repetido muchas veces aquellas palabras del salmo 18, tan propias para explicar su dolor y sus remordimientos: *Si mei non fuerint dominati, tunc immaculatus ero, & mundabor à delicto maximo.* Este papa era sabio: habia cultivado con fruto todas las partes de la buena literatura: escribia bien en prosa y en verso: amaba los sabios, y los recompensaba magníficamente.

El cónclave siguiente á la muerte de Paulo III. estuvo dividido mucho tiempo en tres facciones, que no podian ponerse acordes sobre la eleccion de pontífice, queriéndolo todas favorable á sus intereses. En fin prevaleció el cardenal del Monte á todos los demas concurrentes que habian balanceado sucesivamente los votos. Este papa, que se llamaba Juan María Giochi, tomó el nombre de Julio III. Aunque de familia humilde se habia elevado por su talento, por su aplicacion á los negocios, y por la inteligencia que habia acreditado en los diferentes empleos que los papas le confiaron. Paulo III. que no dispensaba su estimacion si-